



HOMILÍA EN EL 50 ANIVERSARIO DE LA HERMANDAD DEL STMO. CRISTO DE LA DEFENSIÓN

Convento de Capuchinos de Jerez de la Frontera, 30 de octubre de 2009

Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Real y Franciscana Hermandad del Santísimo Cristo de la Defensa, María Santísima de la “O” y San Bruno; queridos hermanos todos:

Reunidos en este día para celebrar el 50º aniversario de la fundación de la Hermandad, y ante esta sagrada imagen que recoge de forma extraordinaria la teología de la crucifixión de Cristo, -como bien muestra su serenidad, su costado abierto, tan artísticamente tallado por su autor, ... su boca entreabierta, su cabeza inclinada..-, hemos escuchado las palabras del Evangelio donde Jesús explica por adelantado el sentido de su muerte en Cruz: **“ser elevado para que todo el que crea en Él tenga vida eterna”**. (Jn 3, 15)

Así, pues, a la luz de la primera lectura se nos invita a levantar la cabeza, a **“mirar al que traspasaron”**; ahí se nos muestra la obra que Dios nos pide llevar a cabo: creer en Él. **«La obra de Dios es que creáis en Quien Él ha enviado.»** (Jn 6, 29)

Mirar al que traspasaron

Cuando lo miramos, a pocos momentos de verlo dar su último aliento, su misma expiración nos desvela que estamos ante alguien muy especial; su majestuosidad en la Cruz nos hace ver que no es un ajusticiado cualquiera. Es más, cuando lo miramos descubrimos que estamos ante un acto de amor que sólo de Dios podía venir.

¿Qué más vemos en la contemplación de nuestra sagrada imagen de la Defensa?. Que el Hijo de Dios ha venido a vivir nuestra vida y nuestra muerte para llenarlas de sentido a partir del acontecimiento de la Cruz. Contemplando a nuestro Cristo con mirada de fe todos podemos entender que esa muerte de Jesús ha llevado al mundo a una nueva dimensión, que su muerte nos ha introducido en el camino de la vida en plenitud.

Por eso, escuchando las palabras de la Escritura miramos al Crucificado para poder así entrar en el misterio de la Cruz. Y a la sombra de la Cruz se nos ilumina el **“misterio de Dios”** y el **“misterio del hombre”**. El misterio de la piedad de Dios, **“rico en misericordia”** y el misterio de **“iniquidad”** que el pecado ha sembrado en el corazón del hombre.

El misterio de Dios

El Cristo de la Defensa nos habla del misterio del Amor de Dios, **“que tanto amó al mundo que entregó a su Hijo único”** (Jn 3, 16). Dios ha decidido compartir nuestra condición humana hasta el límite de compartir nuestro sufrimiento y nuestra muerte. En esta Cruz Dios nos dice: ¿hasta dónde puedo llegar contigo? ... hasta la muerte; para que tú conmigo puedas conocer no la muerte, sino la muerte salvada.

Cristo ha abierto el camino de retorno al Padre porque en Él **“estaba Dios reconciliando al mundo consigo”** (2 Co 5, 19). Dios nos ha donado la Cruz de Jesucristo para poder atravesar con nosotros el tempestuoso mar de la existencia y hacer así la travesía más segura. La muerte, pues, se ha convertido en la suprema manifestación del amor que se dona.

En definitiva, hermanos, la Cruz revela ***“el poder de Dios”***, poder de salvación que es diferente del poder humano, pues revela su Amor. Nosotros, a siglos de distancia de la muerte de Jesús, vemos cómo la **“locura de la Cruz”** vence a la **“sabiduría”** que se opone a ella porque:

“La necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres” (1 Co 1, 24s).

El Crucificado es **Sabiduría**, Sabiduría de Dios porque manifiesta de verdad Quién es Dios; es decir, poder de Amor que llega hasta la Cruz para salvar al hombre.

El misterio del hombre

La Cruz nos habla también del misterio del hombre en su lado más oscuro; aquél que el pecado, el misterio de la iniquidad, ha introducido en su corazón. ¿Quién es el hombre? Una criatura capaz de pecar, y capaz de vivir en enemistad con Dios.

Y la oscuridad del pecado y su poder de destrucción la podemos ver manifestada de muchas formas en nuestra cultura actual: en la soledad de tantos jóvenes instruidos en el más radical individualismo, en las desilusiones ante el más puro materialismo, en las violencias, las guerras y el terrorismo que aniquila la vida de tantos inocentes...

El precio del rescate de la iniquidad ha sido la Cruz y la Sangre de Cristo. Por eso, ante esta sagrada imagen podemos decir -con la Carta a los Hebreos-, que

“nos hemos acercado al monte Sión .. a Dios, Juez Universal .. y a Jesús, Mediador de una nueva Alianza, y a la aspersion purificadora de una Sangre que habla mejor que la de Abel ..” (Heb 12, 22-24)

La Cruz nos habla también del lado más débil del hombre. Porque a la pregunta de ¿quién es el hombre? encontramos en la Defensa la respuesta: un pecador perdonado. Perdonado por Dios. Perdonado por el Amor de Dios derramado en Cristo. En su costado abierto reconocemos el manantial de donde brota la gracia que devuelve al hombre toda su grandeza.

El Amor compasivo

Sólo de Él puede venir la fuerza que regenere a la humanidad. Y es Él quien nos llama y nos invita a hacer crecer en nosotros un amor compasivo con todos los que sufren; un amor suplicante para que ablande los corazones de todos los hombres endurecidos por el odio, la violencia, la intolerancia y la mentira; un amor esperanzado en la posibilidad de que crezcan jóvenes pensantes y defensores de la verdad y la paz.

Es Él quien nos ilumina con su luz y nos alienta a seguir defendiendo las bases morales en las que reposan nuestras sociedades y naciones de raíces cristianas: la afirmación de la dignidad inviolable de todo ser humano desde su concepción hasta su muerte natural; la integridad de los derechos fundamentales que le son inherentes y la comprensión solidaria del bien común.

La Cruz nos enseña a todos que podemos encontrar nuestra fuerza en la humildad del amor y nuestra sabiduría en la debilidad de renunciar; así precisamente se entra en la fuerza de Dios.

Todos debemos formar nuestra vida según esta verdadera Sabiduría: no vivir para nosotros mismos, sino vivir de la fe en el Dios del que, a la luz de la Cruz de Cristo, todos podemos decir, como exclama el Apóstol:

"Me amó y se entregó a Sí mismo por mí". (Gál 2, 20)

Acoger a María

Por último, en esta celebración tenemos que tomar conciencia también de un don particular y precioso que Cristo Crucificado nos ha hecho: el don de su Madre. Para nosotros: la Virgen *"María Santísima de la "O"* .

Acoger a María en nuestra casa como el discípulo amado significa acoger a María en la casa de nuestra propia existencia. Dejarle un espacio a María para que sea una presencia constante. Es Ella la que nos enseñará a estar frente a Cristo para que lo conozcamos más profundamente.

Acoger a María es sentir como Ella y poder ser testigo de que es posible vivir una relación con los otros en la verdad y en la justicia; esto es, en la paz y el amor, desafiando el odio y la violencia.

Acoger a María es **"mirar a Cristo"** porque **"Él es nuestra Paz"**.

Es descubrir que nuestro destino final no es la muerte, sino la **Vida Eterna**.

Por eso hoy, -junto a tu Madre- podemos y queremos rezarte a Tí **Santísimo Cristo de la Defensa** diciéndote:

"TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS .. PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO".

Que así sea.

+ *José Mazuelos Pérez*
Obispo de Asidonia-Jerez